



iiisue

ISBN: 978-607-30-5355-6

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y  
LA EDUCACIÓN

---

Jaramillo Ramírez, C. M. (2021). Idea de nación en la República Liberal : Colombia 1930-1940. En M. E. Aguirre Lora (Coord.), *Desplazamientos: educación, historia, cultura* (pp. 553-584). Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

*Carlos Mario Jaramillo Ramírez*

## INTRODUCCIÓN

Las reformas educativas y culturales de la década de los treinta en el siglo xx en Colombia fueron el resultado de emergencias sociales, económicas y políticas que caracterizaron una de las formas de identidad moderna en América Latina, y que este capítulo se propone analizar desde la perspectiva cultural y de la educación, observando las actitudes modernizadoras que impuso el proyecto de nación étnica y cívica, desde las cuales se activaron importantes reformas en los gobiernos liberales de la primera mitad del siglo xx en Colombia. Este modo de interpretar las transiciones en un periodo específico exige también una revisión de sus formas de entender el pasado en los relatos históricos que dieron sentido a su presente, porque en este ejercicio se podrá abordar una interpretación de los conceptos de arte que se instalaron en el discurso de la cultura, de los hilos de simbolización que el poder político implementó para regular las reformas y finalmente para observar los rasgos de la sensibilidad que impusieron las racionalidades urbanas. Se podrá así estudiar la fuerza que tuvieron los proyectos secularizadores una vez que el aparato estético fue eje de conceptualización en modelos de formación ciudadana y en estrategias de educación en las cuales jugó un papel importante el concepto de arte en la reflexión pedagógica y en la homogenización del gusto apropiado en sus proyecciones populares y masivas.

La caracterización que inicialmente se presenta de esta década permite hacer lectura de algunos rasgos de “secularización”,<sup>1</sup> en los que se podrán observar las representaciones de la idea moderna de arte que hace el sistema educativo y el cultural; el primero porque asume cambios vinculados con nuevas apuestas pedagógicas relacionadas con el surgimiento en Colombia del campo de las ciencias de la educación, y el segundo por la necesidad de pensar las ciudades, en su desarrollo industrial, asunto que impulsó nuevas estrategias de gobernabilidad en las que se debieron pensar estrategias de formación del ciudadano, en el contexto de usos del tiempo en el espacio urbano. En esta doble vertiente —cultural y educativa— los protagonistas de las reformas (administradores, políticos, docentes y artistas) llevaron a cabo una revisión y lectura del pasado histórico reciente, que impactaron en diferentes formas las políticas educativas y las reformas culturales en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo xx, pues esto implicó transformar contenidos referidos a la enseñanza de la ciencia, tanto en la reformas de la escuela primaria como en la constitución de nuevas facultades en la formación universitaria. En otro campo, las escuelas de oficios vieron ampliadas sus estrategias formativas a los ámbitos del diseño y el arte, y en este último, especialmente, se activaron estrategias para revisar los contenidos de su historia nacional y se motivó la participación de artistas y maestros artesanos en el proyecto pedagógico de construir una idea del arte, vinculado con el proyecto de nación “liberal”. Se teje, por tanto, una especial relación entre arte, política educativa y política cultural, y en ellos el trabajo de los artistas, asunto que

1 He retomado el concepto de secularización en la acepción de estudio desarrollada por J. V. Casanova, *Genealogías de la secularización*, 2012, porque en su genealogía del concepto se detiene de manera específica en el cambio de valores operado por el declive de las creencias, prácticas sociales e instituciones religiosas. Esto implica una revisión de las formas en que los sentidos de lo sagrado mutan en sociedades civiles, lo cual supone la desaparición de algunas prácticas políticas y culturales que emergen en nuevos contextos de significación. Se acota el análisis de los procesos de secularización en el contexto histórico colombiano de la década de los treinta, porque respecto al poder que sobre la educación tuvo la institucionalidad religiosa, desde la constitución de 1886 hasta 1934, se operan cambios, producto de nuevas políticas que se proponen asumir el control estatal de la educación y se proyectan nuevos contextos de formación ciudadana.

obligó, entre algunas cosas, a la validación social de viejas ideas de arte, a vincular reformas culturales con la radio, el cine y las sensibilidades nacionalistas de creación, y a revisar políticamente el alcance moderno del proyecto urbano que —en sus reformas espaciales— se asumió desde una perspectiva estética.

## PRIMER MOMENTO: ESCUELA Y CULTURA

El crecimiento de periferias urbanas, a principios del siglo xx en Colombia, configuró un fenómeno demográfico que, aún en la actualidad del siglo xxi, no cesa de repetirse y que en su génesis es cercano a la forma como también crecieron las ciudades europeas del siglo xix. Las tradiciones decimonónicas en educación artística perduraron hasta finales de los años veinte; de ello se tiene memoria aun en las formas de comprender el arte sólo desde la música y las artes plásticas, contenidos que fueron retomados de la estructura epistémica de las escuelas de bellas artes. Estos proyectos estuvieron vinculados culturalmente con una territorialidad rural, controlada y sostenida, con alguna precariedad, por el poder de la Iglesia;<sup>2</sup> para entonces el cristianismo había dispuesto el ordenamiento de los territorios en diócesis que facilitaron técnicas de obediencia sobre la población a través del poder pastoral.<sup>3</sup> En esta perspectiva, podría entenderse cómo en Colombia esta forma de control y disciplinamiento de los cuerpos tuvo especial relevancia, sobre todo en un modo de producción que en el siglo xix entendió la tierra como valor fundamental y la producción agrícola como fuente de sostenibilidad. Para el caso del arte, su idea tiene un acento especial en la forma como se definen los rasgos de una belleza trascendente, anclada en el poder mágico-

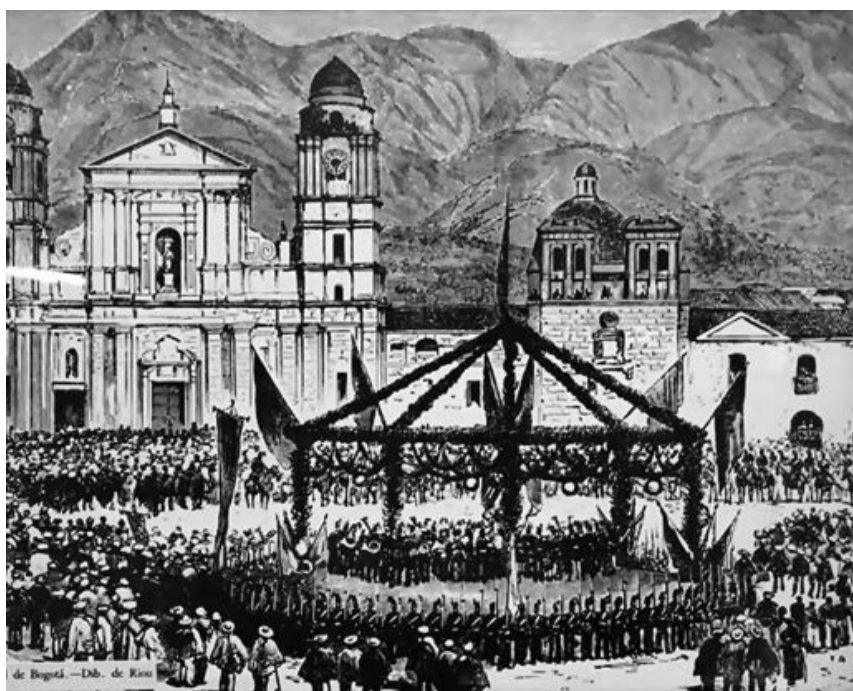
2 “El estado republicano del siglo xix quiso a toda costa ejercer control sobre la Iglesia, institución que había acumulado un rico patrimonio y tenía un gran peso social, político e ideológico sobre la población de buena parte del territorio nacional. La riqueza y poder de la Iglesia siempre hizo contraste con la pobreza de la población y de las arcas fiscales del Estado, cuya legitimidad y estructura administrativa eran precarias”. S. A. González, “Los mayordomos de fábrica y la economía de quince parroquias de la Diócesis de Antioquia, 1825-1842”, *Historia y Sociedad. Revista de la Universidad Nacional de Colombia*, 2009, p. 148.

3 M. Foucault, “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 1988, p. 8.

religioso de la imagen. En este sentido la idea del arte, observada desde una perspectiva estética, deberá esperar el imparable avance de la industria cultural para ser comprendida en contextos urbanos, pues en las viejas tradiciones rurales el poder pastoral asigna un papel al arte en el acercamiento al ornamento religioso y al boato de las celebraciones políticas y culturales que tuvieron su espacialidad en la misa, la procesión, el desfile y la celebración en la plaza pública (imagen 1).

**IMAGEN 1**

Celebración militar del 20 de julio de 1875 en la plaza de Bolívar de Bogotá



Fuente: Grabado de Rоиu, basado en fotografía, publicado en un artículo de Edouard André en el periódico *Le tour du monde*, núm. 34, París, 1875.

Ahora bien, cuando el siglo xx encaró dificultades surgidas del crecimiento demográfico desmedido, del desplazamiento sin planificación y de las formas de urbanización colectiva del espacio urbano, fue necesario que el Estado proyectara imágenes de seguridad, bienestar y progreso a través de apropiaciones simbólicas

de la urbe, de registros de valor sobre la identidad y la memoria que dieran sentido a nuevos relatos de origen y, sobre todo, de fundamentar en los proyectos educativos y en la naciente estrategia de las oficinas de extensión cultural un conocimiento que prometiera el ascenso social por medio del estudio y el trabajo. Estos asuntos consideran un vínculo con la ciudad a través de las artes y un puente con su pasado mediado por el trabajo de historiadores y estetas. Este entorno de condiciones trazó el límite de una idea del arte anclada en el poder pastoral, amplió el umbral para apropiarse el espacio urbano y definió estrategias seculares vinculadas con proyectos de civilidad que matizaron estéticamente el paisaje de la ciudad. Esto vincula la apuesta por la ciudad como un territorio político y estético que caracteriza un primer acercamiento al ideario de la nación. De esta manera, el espacio urbano configura ideales en territorios habitados, diseña participación y propone modos de reconocimiento en prácticas de encuentro. Al respecto, señala Gellner:

El hombre en las ciudades vive en unidades especialmente delimitadas y construidas, en una suerte de acuarios o pulmones artificiales gigantes. Pero estos habitáculos han de erigirse y conservarse. El mantenimiento del aire o del líquido que da y preserva la vida dentro de estos receptáculos gigantes no se produce automáticamente, sino que necesita de una instalación especializada. Esta instalación se llama sistema nacional de educación y comunicaciones y su único guardián y protector eficaz es el Estado.<sup>4</sup>

La modernización de la ciudad, la economía y la educación es resultado, por tanto, de un proceso de transformación de valores que, observados con intereses ideológicos, definen, respecto de su pasado inmediato, estrategias de control, disciplinamiento y simbolización. Cada uno de estos cambios, a su vez, producen extrañamientos, propician exclusiones y generan incertidumbres colectivas. La modernización, como señala Bolívar Echeverría,<sup>5</sup> es un proceso violento

4 *Naciones y nacionalismo*, 1998, p. 74.

5 *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos*, 2011.

de transformación que impone la Modernidad y que matiza lo que hemos denominado los rasgos de una estrategia de secularización.

No se trata por tanto de un proceso de acomodamientos armónicos, pues la urgencia de convertir las ciudades industriales en centros urbanos, en grandes pulmones de valor, obligó a la implementación de reformas para hacerle frente a las dificultades, a las imágenes de valor que trajeron a las ciudades las comunidades rurales. En este nuevo panorama, Latinoamérica intentó hacer fuertes las estrategias de medición y control racional de las conductas y los comportamientos, ahora bajo un espectro ético y moral diferente, enfocado al proyecto de nación. En esta tarea el Estado, como guardián y protector eficaz, se propuso un conjunto de legislaciones para adaptar las viejas imágenes a modelos de justicia, control y productividad, apoyado en ideales modernizadores. Así, los gobiernos liberales de la década de los treinta hicieron lectura de las dinámicas de transformación urbana y asumieron estrategias de cambio en algunas instancias de la administración. El mundo de valores cristiano y rural fue reordenado en el impulso secularizador, principio de legitimación moderna,<sup>6</sup> para ofrecer nuevos significados éticos a los individuos y la sociedad, dando vital importancia a la interacción provocada por el nuevo paisaje urbano; proceso que tuvo en el arte y la educación soporte y sustento. No podrá leerse, por tanto, el proceso de modernización como una continuidad histórica que evoluciona en nuestra sociedad. El cambio en la idea de arte exige observarlo como el resultado de un conjunto de fracturas, límites y superposiciones que obligaron la tarea de las reformas; se trata por ello de una emergencia social y de transformación política que buscó incesantemente cómo solucionar y sostener sus cuotas de control. En Colombia este proceso tuvo una singular forma de apropiación, caracterizada por las condiciones de crecimiento y territorialidad que habían presentado las ciudades al inicio del siglo xx. Al respecto, Marco Palacios señala:

6 Este tema hace parte de la tesis del autor, que aborda una crítica a la secularización como crítica de una categoría de injusticia social. Aunque el tópico de reflexión es tratado en todo el capítulo, se ha retomado el concepto en una lectura del estado de su conceptualización. H. Blumenberg, *La legitimación de la Edad Moderna*, 2008, pp. 13-31.

La Atenas suramericana era una urbe sucia y modestísima, enclavada en la fértil sabana y en los nudos montañosos andinos. Sus mayorías mestizas vivían descalzas, en miseria económica y cultural y en el analfabetismo. Por miseria cultural entiéndase desarraigo y anomía en una ciudad ferozmente desigual e insolidaria, que al crecer caóticamente en el siglo xx, no puede ofrecer un paradigma de civilización a sus semejantes de Lima y Quito, Caracas o Guadalajara.<sup>7</sup>

La ciudad colombiana es particularmente desigual en muchos aspectos; sin embargo, el señalamiento del autor a la configuración cultural refiere a la apropiación del concepto en la esfera de la cotidianidad. Tanto Bogotá como Medellín, al inicio del siglo xx, reciben comunidades campesinas que buscan en la industria textilera vínculos laborales; no obstante, el arraigo al territorio es desde el extrañamiento, el sentimiento de pérdida y el desconocimiento de sus formas de participación y acceso a servicios fundamentales. Esto incide en la necesidad de crear estrategias para el reconocimiento simbólico del lugar, asunto que deviene en la transformación de la idea de arte, la misma que dio fundamento a una modernización de la educación que se quiso identificar con las coordenadas de la formación estética, esto con el fin de propiciar lecturas del espacio urbano que permitiesen el vínculo de otros actores en el escenario de las reformas y de los proyectos culturales, tanto en arte como en escuelas de oficios y escuelas normales. Así, el proceso modernizador es concebido, desde la década de los treinta y en su continuidad casi a todo lo largo del siglo xx, para responder a problemas realmente graves en la comprensión de la ley, la resignificación de la memoria y la asimilación del tiempo de trabajo. Problemas constitutivos del ideal civilizatorio de un Estado que debió intervenir en todos los planos de la convivencia y los comportamientos en las ciudades. De ese modo, la impronta civil activa la necesidad de revisar los sedimentos de lo legal; por consiguiente, de la forma de generar valores, asunto que encadena, de manera imperativa, cambios en la sensibilidad para comprender en las relaciones sociales nuevas formas de convi-

7 *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, 2002, pp. 15-16.



vencia. La idea de arte en este itinerario de emergencias y exigencias es importante, para todo estudio de las formas de modernización, porque su registro define las condiciones de posibilidad de reconocimiento del otro, de la jerarquía de valores y sensibilidades estéticas y de las formas de aceptación o negación de los nuevos medios de comunicación y, en ellos, de los comportamientos de consumo ante los objetos culturales.

En este juego de tensiones el arte oscila entre dos poderes: primero el que el Estado quiere que cumpla en su institucionalidad, con lo que satisface el cumplimiento de las metas de transformación moral, territorio que provoca visibilidades sobre la alfabetización, el libro, la imagen de la nación, la moda, la música y el entorno urbano, todos ellos como soportes de la memoria, la tradición y la identidad (tópicos que en las políticas de cultura no tienen otro propósito que orientar estéticamente la finalidad de los valores hacia la unidad del concepto de nación). En el otro espectro, oculto y a veces insondable, está el arte que en la Modernidad se invisibiliza en las políticas culturales y que sólo algunas revisiones históricas recuperan, porque son producto de la imaginación que deviene en alternativas críticas, resistentes, cambiantes y creativas de la cotidianidad, que no se deja dominar por las reglas del buen gusto, porque contiene los valores de la transmisión del habla, de la crianza, de la artesanía y el encantamiento; se trata del arte que proviene de las condiciones lúdicas que integran la vida a la fiesta, dotando de magia los objetos, los lugares y las tradiciones; es el plano de un arte que deviene del trato colectivo que convierte en ritual toda experiencia de interiorización del mundo y que en ocasiones registra el poeta, el músico y el escritor; se trata, por tanto, de ese territorio que se urde bajo la impronta del espíritu colectivo, y que puso en evidencia lugares no sujetos a mediciones ni parámetros de racionalización.

El reto de la civilización moderna fue integrar el registro de los valores del arte dado en todos los planos de la vida, de tal manera que se pudiesen considerar colectivamente las nociones de espíritu, llamado alma de la nación, para que individualmente se pudiesen resemantizar las relaciones entre las personas bajo formas secularizadas de integración y control. El proceso modernizador aborda

este ideal estético en las políticas de reforma educativa y cultural en un modo de transmisión heredado de la imagen religiosa del mundo cristiano (evangelización), produciendo una gran fractura con el ideal civilizador. Asunto que generó mutaciones en las ideas de arte y artesanía, reacomodamientos semánticos en la noción de tradición literaria e historia nacional, pero sobre todo delimitó, desde los ideales de belleza, las formas de reconocer la civilidad, provocando, con ello, un conjunto de prescripciones, normas y controles a la conducta que llevarían a un nuevo proyecto moral.

El ciudadano de las urbes industrializadas de principios del siglo xx en Colombia es considerado así, en las políticas educativas y culturales, un territorio en blanco, que llega a la ciudad para ser moldeado, y en muchas ocasiones aliviado o sanado (estrategia de alfabetización, encuesta de cultura). La modernización se asume para que el nuevo ciudadano se salve de la ignorancia generada por los nuevos dispositivos estéticos de la urbe; asunto que señala la importancia que tuvo en la década de los treinta el apoyo y la desmedida confianza en todos los dispositivos de transmisión, resignificando los sentidos de lo popular, lo masivo y el beneficio colectivo. En todos ellos el ideal fue introducir en la subjetividad el deseo de conocimiento para el crecimiento del espíritu de la nación; objetivo final de toda política cultural que tiene como propósito formar la idea de nación:

La era industrial heredó tanto las unidades políticas como las culturales, desarrolladas y no desarrolladas del periodo anterior. No había ninguna razón para que hubieran de fundirse súbitamente en una sola, pero sí las había, y buenas, para que *no* fuera así.<sup>8</sup>

Cuerpos y espacios tienen así los procesos modernizadores metas de salvación en la cultura que políticamente se convierte en una máquina que genera conocimiento para ordenar y sistematizar todos los planos de la convivencia. De ese modo, podrá comprenderse por qué la transformación del gusto fue una tarea fundamental de

8 E. Gellner, *Naciones y nacionalismo*, p. 74.

los proyectos educativos y formativos, es decir, de todos los planos de influencia que llegaran colectivamente para instalar nuevos imaginarios. En publicaciones periódicas de prensa y revistas; en formas de reproducción técnica de la imagen: almanaques, colecciones de fotos, edición de libros y venta de discos y partitura, y en los discursos pedagógicos de intelectuales y funcionarios, el ideal civilizador asumió la cara de la cultura nacional, sombra moral que cobijó los comportamientos que reorientaron las finalidades del arte. La crítica literaria, el comentario y la crónica histórica, las teorías estéticas y los tratados teóricos del arte en pedagogos e intelectuales se hicieron en la absoluta confianza de que el buen gusto sería el punto de apoyo de la individualidad para construir mejores condiciones de bienestar y progreso moral. Este ímpetu no cuestionó o criticó en sus reflexiones modos de transmisión de valores; más bien resaltó, en el espíritu de reforma, el deseo de superación del pasado, y en esta imagen asumió la esperanza de erradicar formas de miseria e inequidad generada por el crecimiento desmedido en las poblaciones.

La agenda prioritaria de esta ruta representó el beneficio social de una dirigencia política que aspiró a tener ciudadanos más saludables y trabajadores, mujeres más castas y responsables, niños más cultos e inteligentes y poblaciones con menos índices de violencia, forjados por el acceso a los modelos de seguridad, sensibilidad y conocimiento. Es por ello que todos los señalamientos al uso y acceso a las obras de arte en las ciudades y en las teorías estéticas tenían por finalidad hacer de las ciudades industriales urbes cultas, que tuvieran como propósito masificar la educación, procurando cambios en la percepción, que pudiesen hacer lectura y usos de tecnologías de comunicación social:

emergencia de la modernidad fue un proceso de transformación de culturas silvestres en culturas de Jardín [...] La construcción de la cultura reevaluó el pasado y las áreas que se extendían detrás de las recién levantadas cercas, se convirtieron en la selva. [...] Esta fue la pauta ambicionada por el resto del mundo o la que había que imponerle.<sup>9</sup>

9 Z. Bauman, *Legisladores e intérpretes*, 2005, pp. 77-78.

La escuela pública en el inicio del siglo xx se va configurando con apoyo y patrocinio, con becas y encargos docentes a los artistas, que lentamente la convierten en el espacio tutelar de la cultura, de la escritura de la historia y de la apropiación de los esquemas de valor. En ella se puso límite a la conducta considerada socialmente bárbara. En este mismo espacio se confió en que la enseñanza del arte serviría para que se pudiesen administrar todos los actos de conocimiento y participación que exigió el desarrollo de la ciencia, proceso que tuvo consecuencias en los modos de entender sus métodos; sumado a esto, en el proceso de enseñanza de la lectura y la escritura se incorporaron formas de entender el lenguaje y la tradición literaria de la nación; arrastrando inevitablemente una relación entre el arte y su desarrollo funcional en el aula como un beneficio medible, observable y práctico. Se naturalizaron, por tanto, conductas de la creación y se midieron capacidades para determinar su alcance imaginativo; en fin, al secularizar los procesos lúdicos del pasado comunitario en entornos de comprensión de lo legal, lo preciso, lo armónico, ordenados según parámetros definidos a priori por teorías pedagógicas y estéticas, se abrió desde la escuela la posibilidad de comprender la política cultural, y así comenzar un espacio de medición de las prácticas artísticas que tuvieron tutela por parte del Estado.

Ahora bien, la fuerza de este proceso cobra sentido cuando los mecanismos de resignificación tienen que urdir sus lecturas y validaciones en las viejas formas de sociabilidad y participación, y en los registros del poder pastoral que controló cuerpos y almas en el pasado. El propósito de los gobiernos liberales entre 1930 y 1938 asume una revisión de su condición moderna y esto los lleva a activar mecanismos de secularización, que asumen el ejercicio de resemantizar los significados de la vida, el trabajo y el cuerpo. La escuela y las escuelas de arte debieron enfrentar este proceso replanteando orientaciones de la voluntad: el maestro como ejemplo de valores y los manuales de comportamiento para conductas esperadas y observables; esto se ve reflejado en la enseñanza del arte por el seguimiento de cánones estéticos y la presencia cada vez más fuerte de los métodos de interpretación musical. El significado de la experiencia en la tradición oral y artesanal, que en el pasado introdujeron jerarquías

de valor y deseos de superación, se empezó a percibir como un territorio oscuro, lleno de ignorancia y esclavitud. Este ejercicio es, como lo plantea Bauman, un acto de jardinería de una civilización que comienza a podar las relaciones ajenas a lo culto, a separar la maleza de la falta de entendimiento que puede surgir incluso en la imaginación. La secularización es, por lo tanto, una imagen especial de la Modernidad, porque dispone a nuevas interpretaciones el lenguaje mismo con el que se designan los significados de las cosas, en donde se producen complejos esquemas de resemantización y en donde el arte es motor de prácticas de resignificación moral de la acción:

La secularización concierne, por tanto, a un conjunto de actos espirituales, que originariamente eran posibles gracias a la fe, pero que luego son realizados por el hombre con las capacidades de que dispone [...] de manera que, en el fenómeno de secularización, en sentido estricto podría constatarse igualmente la existencia, más que de un nexo, de una convergencia de los dos ámbitos.<sup>10</sup>

La escuela y la academia de arte fueron, en su vínculo con las instituciones de la cultura, el motor del proceso de secularización, al convertir el discurso estético en pauta de significación del cuerpo, de las formas de subjetividad que disciernen lo bueno y lo malo y en la colectividad del espíritu de la nación. El acto de jardinería que acoge el pasado para relatarlo de nuevo, con el propósito de transmitir nuevos valores, obliga a pedagogos y artistas a configurar una conciencia diferente de su tiempo histórico. En esta tarea fue inevitable un proceso de exclusiones y de expropiaciones de lo legítimo en la memoria de las comunidades. Es, por ello, comprensible el extrañamiento que tiene la escuela por las formas de entendimiento del arte desde el hacer del artesano, desde las tradiciones orales que superponen la imaginación a la construcción del relato y de las sensibilidades condicionadas por estrechos márgenes de comunicación.

En estas condiciones la década de los treinta hace más explícitos e ideológicos los contenidos del arte, sus soportes de difusión

10 H. Blumenberg, *La legitimación...*, p. 56.

y sus reflexiones críticas y estéticas. Los mecanismos de revisión y clasificación, tanto de los comportamientos como de las formas de entendimiento, tienen en la formación del gusto una ventana secular que se apropia el significado del pasado (descubrimiento, conquista, colonización e independencia), para expropiarlo de sus coordenadas de transmisión oral y decidir políticamente el propósito moral de una época en historias oficiales, colecciones bibliográficas, campañas de higiene y aseo, en fin, en un sinnúmero de publicaciones que insisten en llamarse *culturales*; en todas ellas hace contorno el espíritu de reforma que anima lecturas de cada transición histórica y que se propone darle nuevos valores a la acción.

De este proceso podrá interpretarse el papel que cumple la idea de arte, tanto en la escuela como en la institucionalidad cultural, al definir en el trabajo de los artistas, poetas y músicos el deseo incesante de hacer converger planos sensibles del pasado como hilos conductores del presente. Es destacable, por tanto, cómo la multiplicidad de publicaciones, ya sea de orientación liberal o conservadora, a principios de siglo, en sus editoriales, insisten en valorar como actitudes civilizadas todas las apropiaciones de relatos de origen en la literatura, la pintura, la música y la poesía. Instalar estos mecanismos de presencia del pasado en los valores de la década de los treinta tuvo en Colombia una labor que especializó discursos como el de la historia del arte, la literatura, la escritura para la prensa, la escritura de la poesía, la narración histórica de los pueblos prehispánicos, etcétera. Todos ellos se dispusieron en la palestra para legalizar el carácter de las realizaciones regionales y populares de la música, la pintura, la danza y la literatura, en las cuales fue necesario organizar dispositivos estéticos. En este plano se justificaron y naturalizaron comportamientos en formas de entendimiento de la razón creativa.

## SEGUNDO MOMENTO: SOMBRAS DEL PROYECTO CIVILIZADOR

Uno de los caracteres más interesantes del impulso secularizador tuvo forma en el discurso eugenésico. En esta matriz civilizadora,

las ideas estéticas que el arte moderno había generado respecto a la conceptualización de lo bello se constituyeron en imágenes para comprender el concepto de espíritu en un ejercicio de naturalización de todas las condiciones de la vida en la ciudad. El discurso eugenésico tuvo especial presencia en Europa y América, su desarrollo conceptual estuvo acompañado de prescripciones sobre la higiene, el comportamiento civilizado, el buen gusto y la conducta adecuada; parámetros desde los cuales se clasificaron diferencias de género, razas y clases sociales, aunque este discurso no siempre se hizo explícito. Desde la perspectiva que señala Blumenberg, la conciencia de cambio aspiró a tejer continuidades del pasado sobre una capa de interpretación que autentificara la razón de lo mundano, es decir, de las relaciones que en la cotidianidad definen las formas de interacción entre las personas y de las visibilidades que la ciudad permite para verse y representarse socialmente en ella.

Naturalizar toda forma de sensibilidad en el marco de las percepciones del arte implicó una comprensión de la realidad como producto del orden establecido. Es por ello que el discurso eugenésico se configura inicialmente en propuestas higienistas como beneficio de la salud, en la diferenciación de las relaciones de género, en la cual se naturaliza el papel del hombre y la mujer en la familia, en las percepciones de raza para señalar condiciones de barbarie y civilización, y en la comprensión de la inteligencia como un proceso de conquista y cultivo del pensamiento y la creación. Así la idea de cultura se expande con gran fuerza en todos los ámbitos en los cuales se pueda definir el carácter del espíritu, que no es otra cosa que la alusión al proceso de exclusión de la naturaleza agrícola que ha superpuesto nuevos valores en la construcción de una autoconciencia histórica de época.

¿Cómo evitar, por tanto, hacer una lectura de los significados del arte en este plano del impulso secularizador? La modernización se tiñe, así, de un conjunto de coordenadas que trazan caminos entre la escuela, la cultura, el trabajo de los artistas y los docentes; el papel que cumplen las realizaciones de la conciencia histórica que excluye lo insano del pasado y las formas de entendimiento entre lo práctico y lo creativo; proceso que también subsume las experiencias de aula

en diferencias inexplicables entre teoría y práctica o entre conceptualización estética y realización artística. Podrá entenderse así por qué el Estado tomó medidas para acoger el cambio, en lo individual y lo social, en una condición teñida de imposiciones. Definir el carácter unilateral del proceso secularizador en las ideas generadas, por ejemplo, por el pensamiento eugenésico, no tuvo otro propósito que el de naturalizar, a través de la formación del buen gusto, toda forma de percepción; proceso que estuvo respaldado por el desarrollo de las ideas estéticas de la Modernidad.

La impronta civilizadora en la individualidad, tejida por el impulso secularizador, se concretó en los funcionarios de la cultura, y así, en las estrategias políticas de circulación e implementación institucional del arte que exigieron visibilidades de lo nuevo, lo original y lo creativo, renovando la verdad de la nación. Ahora bien, simultáneo a este proceso, sobrevino el desconocimiento y, en muchos casos, el olvido de las memorias locales, las expresiones y simbolizaciones del espacio, las formas de representarse en los lugares y los rituales que cargaron de sentido la fiesta y el juego. El libro, en la escuela, se impuso sobre el relato y la norma, en la ciudad, sobre las formas de comprender la tradición. Estas fracturas civilizadoras se reflejaron territorialmente en una desigual repartición de la tierra, una fuerte imposición ideológica de la Iglesia en campesinos y obreros, y un menosprecio a las formas no civilizadas del arte. Para la década de los treinta, las diferencias se habían cristalizado con tal fuerza que no fue posible evitar nuevas confrontaciones civiles en gran parte del territorio nacional.

Lo que devela el impulso secularizador en las coordenadas civilización-cultura es la forma como el cambio emerge en la apariencia de un mundo en disputa, pues, aunque en estos dos enfoques subyace un ideal de disciplinamiento del cuerpo y de homogenización del gusto, la orientación y el propósito son estéticamente diferentes. En estas coordenadas se dibuja una transparencia secular de la civilización que reapareció en el discurso de la cultura política de la educación y las artes, por supuesto en otros registros de unidad, en donde los modelos de justicia, lealtad, cognición, experiencia y trabajo pudiesen retomar los signos de libertad en términos de un con-



trato colectivo; aspiración que retomó ideas de participación, que la pedagogía de la escuela activa expuso con amplitud.

La apariencia del cambio orientó lo viejo como algo negativo y lo nuevo como una presencia salvadora, dejando en la solapa de aquello que no cambió el poder simbólico del proceso civilizador y en la superficie de lo nuevo la imagen de un arte nacional, censurado casi siempre por la Iglesia y venerado estéticamente por las pequeñas burguesías comerciales que dirigieron las ciudades. Se presentan así los trazos históricos de las relaciones entre individuos y políticas de Estado que, a través de la educación y la formación, modificaron los espacios para activar el sentido de la urbe. Es por ello necesario interpretar cómo se abordó el arte en experiencias educativas con niños y adolescentes, espacios de encuentro para la familia, instituciones de formación para obreros y ejercicios de participación para empleados. En el juego de estos propósitos se articularon escenarios de la memoria, discursos del pasado y acciones que *re-presentaron* la tradición. Los comportamientos exigidos en estos espacios incidieron en formas de diálogo y discusión, en expresiones colectivas e individuales. En todos estos aspectos jugó un papel determinante el proyecto de alfabetización, lo que dio un giro a la lectura y a la escritura llevándolas a formas de transmisión oral, al arte hacia un soporte explicativo en lo estético y a la norma, hacia una nueva comprensión de la ley.

El proceso modernizador en estos planos de análisis registra hitos particulares en Colombia que ponen en tensión lo ético y lo estético, sujetando políticamente los propósitos sensibles y racionales del proyecto de nación. Es una historia que suma acontecimientos en donde se impusieron formas de memoria, exclusiones étnicas y tradiciones regionales, que cicatrizaron en las alternativas regionales de la reforma, pero sobre todo en formas del arte en la ciudad, que tuvieron fuerza por fuera del proyecto cultural y de las formas de su enseñanza en la academia. Para concluir este momento es necesario acotar que en todos estos procesos tuvo fuerza el aparato estético que se instaló para generar el discurso de cultura, en el cual la idea de arte tuvo un poder determinante al servir de ejemplo moral de todos los deseos de civilización de la urbe colombiana. En esta ruta

opera una metaforización política que instala en el discurso eugenésico una confianza en que lo ético y lo estético se encadenarían armónicamente al homogenizar valores subsumidos en la idea de nación; asunto que caracteriza la modernidad cultural, que puso en juego el arsenal de conceptos estéticos para consolidar conceptos de cultura popular y cultura de masas. En todos ellos se resignificaron los discursos del arte y las apropiaciones que de él hizo el discurso pedagógico en la escuela y la ciudad.

### TERCER MOMENTO: LO POLÍTICO Y LO ESTÉTICO EN LA REPÚBLICA LIBERAL

La franja de tiempo comprendida entre 1930 y 1945 ha sido objeto de estudio por parte de historiadores colombianos en diversos momentos del siglo xx; asunto que podrá observarse en la revisión bibliográfica que aproxima un estado del arte sobre este periodo y que realiza Muñoz Rojas y Suescún Pozas (cuadro 1).<sup>11</sup>

En el cuadro 1 se observan tres momentos que diferencian el estado del arte: el primero de ellos comprende la respuesta partidista que defiende o ataca a los gobiernos liberales que acaban de dejar el poder. Se trata, en gran medida, de memorias partidistas que describen acontecimientos políticos ordenados cronológicamente y valorados según la posición ideológica del narrador. A este momento le sigue el periodo que comprende el frente nacional (1958-1974); en él hay un silencio histórico sobre los gobiernos liberales de la década de los treinta. Un segundo momento comprende una historia de actitud analítica que recurre a nuevas herramientas de análisis a partir de *teorías marxistas o estructuralistas*;<sup>12</sup> éstas se hacen eco de estudios similares en el contexto latinoamericano. Cabe destacar, en estas historias, la mirada crítica que observa a los gobiernos liberales en el contexto de fuertes cambios sociales, financieros y económicos; de ellos surgieron hondos

11 "El valor del análisis cultural para la historiografía de las décadas del treinta y cuarenta en Colombia: estado del arte y nuevas direcciones", *Revista de Estudios Sociales*, 2011, pp. 15-18.

12 *Ibid.*, p. 16.

divisiones sociales que tienen continuidad a lo largo del siglo xx. El tercer momento comprende la perspectiva de historia política, en la cual se presenta el pensamiento de los gobernantes, sus adhesiones ideológicas, las formas en que constituyeron estrategias de gobernabilidad y la manera como enfrentaron a sus oponentes.

**CUADRO 1**

Aproximaciones a un estado del arte sobre el periodo 1946-1985

<b>Año</b>	<b>Autor</b>	<b>Título</b>	<b>Enfoque*</b>
1946	<b>Plinio Mendoza Neira</b> (político y periodista liberal)	<i>El liberalismo en el gobierno</i> (reeditado en 1998)	Defensa de la política social de los gobiernos liberales.
1956	<b>Rafael Azula Barrera</b> (político conservador)	<i>De la revolución al orden nuevo</i>	Trabajo acusatorio: presenta hechos de manera cronológica.
1957	<b>Gustavo Samper Bernal</b> (jurista liberal)	<i>Breve historia constitucional y política de Colombia</i>	Defensa de los gobiernos liberales de Alfonso L. P.
1974 1976	<b>Carlos Lleras Restrepo</b> (presidente liberal, 1966-1970)	Columna en <i>Nueva Frontera</i> "Historia de la República Liberal"	Exaltación de los eventos con ilustración fotográfica como evidencia de acontecimientos.
Análisis históricos de foco marxista o estructuralista. Cuestionan la imagen de República Liberal			
1973	<b>Daniel Pécaut</b> (sociólogo colombo-francés)	<i>Política y sindicalismo en Colombia</i>	Plantea relación entre organización la clase obrera, la mediación del Estado y las determinaciones impuestas por la dinámica del capitalismo, 1930-1945.
1987		<i>Orden y violencia en Colombia</i>	Estudia consolidación de la burguesía agroexportadora y analiza el discurso social y de unidad nacional de sus líderes en este periodo.
1979	<b>Jesús Antonio Bejarano</b> (economista)	<i>El régimen agrario: de la economía exportadora a la economía industrial</i>	Cambio social del régimen terrateniente que genera acumulación de capital, proletarianización y formación de mercados para la industrialización.
1986	<b>Charles Bergquist</b> (historiador)	<i>Labor in Latin America. Comparative essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia</i>	Observa debilidad del movimiento laboral en el marco de la estructura económica de exportación cafetera que fortalece el sector financiero.
Análisis metodológico disciplinar que estudia la particularidad de los hechos políticos			
1981	<b>Álvaro T. Mejía</b> (historiador)	<i>Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938)</i>	Estudio del pensamiento de Alfonso L.P., su fuerza política y el papel de la ideología liberal.
1995	<b>Richard Stoller</b> (historiador)	<i>Alfonso Lopez Pumarejo and liberal radicalism in 1930's Colombia</i>	Valora del periodo la transformación político-ideológica.
2002 2003	<b>Marco Palacios</b> (historiador)	<i>El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política</i>	Hace énfasis en el significado político e ideológico de la República Liberal. Lo designa como el periodo de mayor actividad política, redefinición ideológica y confrontación en el siglo xx colombiano.
		<i>Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994</i>	

Año	Autor		Enfoque*
Perspectiva de historia política			
1967	<b>Robert Dix</b> (historiador)	Colombia: the political dimensions of change	Observa los retos de la clase política del periodo en el marco de los procesos de modernización.
1980	<b>Paul Oquist</b> (historiador)	Violence, conflict, and politics in Colombia	Estudia el límite del estado para mediar en conflictos, de allí su legitimidad o fracaso.
1971	<b>Gerardo Molina</b> (abogado y político)	Las ideas liberales en Colombia	Exhaustivo trabajo de documentación histórica y de rigor metodológico.
1987		<i>Las ideas socialistas en Colombia</i>	
1985	<b>James Henderson</b> (historiador)	Las ideas de Laureano Gómez	Estudios del pensamiento conservador que antagonizó el poder en la década de los treinta.
2001		<i>Modernización en Colombia</i>	
2005	<b>Thomas Williford</b> (historiador)	<i>Armando los espíritus</i> , tesis Ph. en historia	
2005		<i>Laureano Gómez y los masones</i>	
2007	César Ayala Diago	<i>El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana en los años treinta</i>	
1980	Medófilo Medina	<i>Historia del Partido Comunista Colombiano</i>	
1985	Ana M. Bidegaín	Iglesia, pueblo y política: un estudio de conflictos de intereses, Colombia, 1930-1931	

Fuente: C. Muñoz y M. del C. Suescún, "El valor del análisis...", pp. 15-18.

Notas: \*resumen del análisis presentado por las autoras del texto.

Se retoma, por lo tanto, este planteamiento inicial del estado del arte, que presentan Muñoz y Suescún, para identificar una atmósfera de investigación sobre un periodo de la historia colombiana que se formaliza, al final del siglo xx, como un periodo que se denomina República Liberal en algunos autores. De ello se podrá entender por qué Silva<sup>13</sup> y Sierra<sup>14</sup> recurren a la misma clasificación del periodo. El primero de ellos enfatiza su estudio desde la noción de cultura popular, para luego presentar el horizonte de la ciudadanía en el contexto de la cultura, la educación y la sociedad; asuntos que presenta en los capítulos I y IV. En otros capítulos hace una exposición de diversos acontecimientos, característicos del umbral de la modernidad cultural, que emergen en dicho periodo: la radio, la difusión del libro, la idea de folklor, para presentar las estrategias que implementaron los gobiernos liberales ante la modernización cultural.

13 *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, 2005.

14 "Política y cultura durante la República Liberal", en *idem* (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, 2009, pp. 355-390.

El segundo autor, cuatro años después, retoma la caracterización que hiciera Silva del periodo de los gobiernos liberales en los inicios del siglo xx, y convoca a un grupo de docentes, en su mayoría de la Universidad Nacional de Colombia, para escribir sobre sociedad y cultura bajo el mismo concepto. Se hace esta acotación porque el nombre del periodo, República Liberal, va tomando forma al reunir algunos estudios históricos de la cultura en Colombia, en un periodo que comprende desde las dos primeras décadas del siglo xx hasta 1945. En este grupo de autores que reúne Sierra se observa un conjunto de acontecimientos que no sólo tienen que ver con las estrategias políticas de los gobiernos en este periodo, sino que en él se presentan las condiciones históricas que obligan a implementar reformas: algunas de éstas se orientan a estudios sobre lo educativo en Jaramillo<sup>15</sup> y Sánchez Botero;<sup>16</sup> otras, hacia lo religioso y lo moral.<sup>17</sup> Se exponen también giros en la comprensión de la ley<sup>18</sup> y se amplían rasgos de la experiencia del individuo en el contexto social.<sup>19</sup> En estos artículos se compendian acercamientos que van relatando la singularidad del periodo, y que describen los matices de una singularidad histórica caracterizada en la década de los treinta. Así, con la presentación de los textos de Silva y Sierra, quiero finalmente decir que el estado del arte en el siglo XXI amplió el horizonte de comprensión de la llamada República Liberal a un enfoque menos dependiente de los análisis políticos, que parecían estar íntimamente ligados a las formas de gobierno. Esto hace posible el surgimiento de nuevas inquietudes sobre dicho periodo, dentro de las que se pueden formular las siguientes inquietudes: ¿de qué manera el liberalismo

15 "Escuela Normal Superior: un semillero de las ciencias humanas y sociales", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, pp. 557-604.

16 "Ciencia y educación superior en la República Liberal", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, pp. 519-556.

17 R. Silva, "Reforma cultural, iglesia católica y Estado durante la República Liberal", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, pp. 223-266.

18 L. Tovar, "Política y derecho en las ideas filosóficas durante la República Liberal", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, pp. 445-482.

19 D. Jiménez, "Revolución: imágenes, ideas, relatos", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, pp. 391-444.

de la década de los treinta renueva o transforma lecturas de su tradición decimonónica? Y, en consecuencia, ¿qué modificaciones imprime en la idea de nación una vez que se institucionalizan las reformas educativa y cultural?

Es así que, para el propósito de esta reflexión, se trata de un periodo en el cual es posible estudiar la forma como fue apropiada la noción de cultura, ya fuese por razones políticas o ideológicas, o bien por el inevitable influjo de las transformaciones globales de la economía mundial; no obstante, el proceso relevante de esta reflexión se presenta en la forma como se proyectó, en el seno de este periodo, la apropiación de una política cultural que observó históricamente su pasado decimonónico y desde el cual potenció una idea de nación para la que fue necesario plantear un nuevo ideal de ciudadano.

Por ello, en el periodo comprendido entre 1930 y 1945, en Colombia se configuró una época que se propuso renovar con diversos límites el proyecto de nación. Uno de ellos tiene que ver con la transformación de la idea de arte. Para ampliar sólo un poco el umbral de este límite, señalo la aparición del cine, la radio, el disco, la fotografía en el orden de los soportes de reproducción que ampliaron el foco de disfrutes estéticos, obligando a nuevas reflexiones sobre la idea de arte; pero éste no es el único territorio en el que la cultura se enfrenta a su límite formativo, pues el arte en los lenguajes y formas de expresión reconfigura sus formas de representación y se aleja del canon de belleza conocido en el siglo XIX, de tal manera que cambia la percepción de su contenido a nuevas formas de expresión. Con esto, la idea de cultura, que se apoyó en el siglo XIX en el ideal de civilización y que tuvo a las bellas artes como índice de referencia de la alta cultura, diferenció individuos cultos de aquellos aferrados a viejas tradiciones. De esta manera se hace más explícito, en el contexto social, la diferenciación del gusto por categorías de aceptación. Se da contorno así a uno de los límites de una idea de nación: la proyección de una idea de arte que cumpla el ideario formativo del gusto, de tal grado que permita su apropiación social, esto en un contexto comunicativo que ha comenzado a masificar sus medios de difusión en las principales ciudades, todas ellas receptoras, desde

el inicio del siglo xx, de desplazamientos y migraciones campesinas. La implementación de estrategias formativas de la idea de nación se teje, de ese modo, al inicio económico y social de las estrategias de consumo que diseña la industria cultural. Emerge así una política educativa que tendrá —ante este contexto de cambios— dificultades y límites; en pocos casos tendrá aciertos para orientar la formación de nuevos ciudadanos recuperando del pasado imágenes de la nación, pues la noción de cultura en la década de los treinta se apoya en la formación de imágenes y experiencias para la homogenización del gusto, trayecto que tiene como propósito intervenir la subjetividad estética, desde la cual se puedan comprender estrategias para transformar al ciudadano. Es necesario así abordar un trayecto para estudiar los derroteros del proyecto de cultura, en este periodo de la República Liberal, porque dispuso coordenadas de lo estético y lo político en una apuesta formativa que orientó esfuerzos, instituciones y proyectos.

Sobre la estrategia por desarrollar para acercar el estudio de esta problemática procuraré inicialmente recoger aportes del estudio de los conceptos de Koselleck,<sup>20</sup> en particular de su acercamiento a la noción de Bildung; inicialmente, porque en la perspectiva antropológica y semántica que estructura para el estudio del concepto somete la noción de cultura a un estudio que pone en tensión las estrategias de instrucción y formación ciudadana en relación con la apuesta educativa orientada al individuo culto. Se retoman así las diversas significaciones que en francés, inglés y español tiene el concepto de Bildung para presentarlo, no como un estado de su proyección en la cultura, sino para referir a un comportamiento activo, en el cual se definen ámbitos de actividad social.<sup>21</sup> Esto quiere decir que Bildung es un concepto desde el cual se puede movilizar la idea de cultura para observar las estrategias políticas y estéticas presentes en el periodo de la República Liberal, que tuvo la intención de renovar los relatos de nación, con los cuales se quiso secularizar la formación de ciudadanos.

20 *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, 2012.

21 *Ibid.*, p. 53.

## LA IDEA DE NACIÓN: UNA CONFIGURACIÓN ENTRE LO ESTÉTICO Y LO POLÍTICO

En la década de los treinta gobernantes e intelectuales liberales observan el siglo XIX desde diferentes perspectivas. Inicialmente no se trató de la recuperación de un pasado visto de manera homogénea, en la que se objetualizara un ideal, sino que acogió trazos de ese pasado destacando diferentes acontecimientos; uno de ellos es el que observa el siglo XIX como el momento histórico del liberalismo:

Hace ya mucho tiempo, tal vez cien años que el partido liberal fue realmente revolucionario. [...] Por más de medio siglo esta república fue auténtica e intensamente liberal. [...] Los liberales de ahora han surgido a la república bajo el signo de las viejas ideas y con ellas fieramente agarrados quieren seguir viviendo. Mientras más se mantengan fieles al pasado más puros se consideran. Este apego al pasado es como el título de legitimidad, de legalidad, de pureza doctrinaria del viejo partido liberal.<sup>22</sup>

Jaime Paredes Pardo (1911-1985) fue secretario privado de Alfonso López Pumarejo, presidente de la República de Colombia en dos periodos: 1934-1938 y 1942-1945. En el texto biográfico que publica en 1939 recoge el ideal de un liberalismo revolucionario, que dio sentido a la actividad política entendida como revolucionaria en el pasado decimonónico. Recuperar del pasado imágenes para renovar la administración del estado da contorno a la ideología liberal, que debe resolver situaciones sociales que demandan en su momento respuestas apremiantes en lo laboral, educativo y agrario. Apoyarse entonces en la imagen del liberalismo radical del siglo XIX servirá para la superación del caudillismo político que amenaza con establecerse desde 1934 y que también fue superlativo en Colombia hasta 1880:<sup>23</sup>

22 J. Paredes, *Alfonso López Pumarejo*, 1939, pp. 24-25.

23 A. Annino, "Soberanías en lucha", en A. Annino y F-X. Guerra (coords.), *Inventando la nación iberoamericana, siglo XIX*, 2003, p. 152.



El caudillismo necesita, para extenderse, de cierta mística, y la mística de una gran dosis de misterio, de sorpresa, de incertidumbre. Y mi política ha tenido la condición contraria: Una claridad sin penumbras que ha sido calificada de ordinaria por sus detractores, pero que es, en mi opinión, lo que necesita un pueblo obrero, campesino y franco.<sup>24</sup>

Si las acciones para el ejercicio político del poder se hacen fuertes en el apoyo a las ideas liberales del pasado, entonces el propósito de las reformas educativa, agraria y laboral será significativo si recuperan los rasgos de un pasado liberal en donde el gobierno pueda rediseñar su visión de la sociedad y con ello reorientar el sentido de las libertades individuales. Apropiarse la historia como estrategia para proyectar el sentido de la reforma y con ello exponer un pasado glorioso, en este caso revolucionario, servirá para validar el presente político como una gesta que revitaliza el impulso de las reformas. El contexto al que se enfrentan esta ideología, que teleológicamente recupera el pasado para redimir el presente, es el pensamiento conservador. Las fortalezas de la reforma constitucional de 1886, que se consolidan durante los inicios del siglo xx, conciben la nación con temor ante la idea de revolución, pues los ideólogos de la regeneración en el siglo xix presentaron las ideas radicales francesas como una amenaza al orden constitucional y moral colombiano. Los ataques más duros se hacen desde la prensa; ésta es tenida en cuenta por su papel en las apuestas de gobernabilidad y por lo tanto es eje central para el ejercicio del poder. A esto se suma que los acontecimientos sociales sucedidos al inicio del siglo xx, la Revolución Mexicana (1910) y la Revolución Bolchevique (1917), fueron esgrimidos en varias oportunidades para observar a Europa y México como una amenaza subversiva, que detentaba valores de decadencia social y moral.<sup>25</sup> Es por ello que la estrategia de la oposición desde el partido conservador se fortaleció a través de la prensa, masificando

24 A. López, "Mensaje al Congreso", 1933, *apud* T. Barrero, "El liberalismo de Alfonso López Pumarejo", en R. Sierra (ed.), *República Liberal...*, p. 24.

25 F. Martínez, *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, 2001, p. 451.

en la población el temor por la idea de revolución, en un periodo de gobierno llamado La Revolución en Marcha. El propósito de sensibilizar a la población para realizar reformas enfrentó la sombra del chantaje ante el miedo, y el afecto político de la población se tiñó de nuevos radicalismos, esta vez concentrados en la diferenciación entre cambio con el matiz de la revolución y la conservación del orden conocido para la defensa de las libertades individuales, que no fue otra cosa que el deseo de permanecer en el orden social conocido desde el inicio del siglo xx.

En otro contexto de tensión presentado para proyectar la imagen de la nación se observa la difusión que se dio al origen de la lengua en España; esto a partir de la estrategia de renovar el relato histórico de la literatura colombiana. Con ello se intentó contrarrestar el orden de los discursos políticos, que desde el inicio del siglo xx le apostaron a criticar las utopías revolucionarias del pensamiento francés y alemán del siglo xix. El modelo liberal de la década de los treinta, apoyado en el espiritualismo hispanista, se propuso consolidar ideológicamente un modelo de poder centralizado.<sup>26</sup> La consecuencia discursiva consolidó su ataque al discurso conservador haciendo foco en el pensamiento dogmático:

El miembro del partido conservador tiene que aceptar un dogma: El de que el conservatismo tiene que adoptar una doctrina eterna fundada en la verdad revelada, que no está sujeta a variaciones incidentales de los tiempos y que, por consiguiente, no podría estar definiéndose sobre las huelgas, sobre el congreso de Cali o sobre la solidaridad obrera.<sup>27</sup>

La retórica revolucionaria, presentada como estrategia de redención, hace un llamado a la transformación y al deseo de renovación. Es así que Alfonso López Pumarejo antepone la imagen de un pasado radical de las ideas liberales, porque sabe que, en el sentimiento nacional, la pasión ha desbordado rechazos y desprecios ante el orden conservador del inicio del siglo xx. La imagen que se afianzó

26 *Ibid.*, p. 433.

27 A. López, "Mensaje al Congreso", 1933, *apud* T. Barrero, "El liberalismo...", p. 25.

de estos ideales conservadores —sobre todo impulsados por Miguel Antonio Caro desde el siglo XIX y que construyeron su forma particular de republicanismo— extendió el control a la prensa, y caracterizó la modernización del ejército, asunto con el cual determinó modelos de autoridad basados en ideales cristianos de nación que tuvieron dos fundamentos de control, a saber: exigencias en el uso y difusión de la palabra, usada en los medios de comunicación, sobre todo la prensa, pues la radio no tendrá impactos masivos sino hasta la década de los cuarenta; y la aplicación y ejecución de la norma, toda vez que el desorden se controla a través de la fuerza e intervención militar, lo que se evidenció en el manejo que el gobierno de Miguel Abadía Méndez dio a la huelga de las bananeras en 1928 y que culminó con una masacre a la población. Lo que es necesario destacar, en la década de los treinta, desde el ideal de nación, es la pasión que alienta su realización en los discursos políticos, pues ya no es la misma que pudo haber tenido en el siglo XIX, en la época de la restauración. La estrategia política de haber convocado un gobierno de Unidad Nacional en 1930, con la elección de Enrique Olaya Herrera, se asemeja a la misma situación de unidad presentada en 1880 en el primer gobierno de Rafael Núñez; no obstante, lo que plantea este momento histórico es que la fuerza que anima el fervor político en las masas de 1920-1930 se ha teñido de desconfianza ante las formas de uso autoritario del poder y se quiere también replantear, en el contexto simbólico, una revalorización de las formas de entender el lenguaje, controlado por los dogmas cristianos a través de la educación y la restricción de la escritura en la prensa.

La idea de nación, como ejercicio de redención que enarbolaron los gobiernos conservadores, ya no es un ideal utópico. El llamado a la revolución en la retórica política de Alfonso López Pumarejo, que alienta el fervor y la confianza de masas de obreros organizadas en sindicatos, y el crecimiento de la población urbana en ciudades como Bogotá, Medellín y Cali, que participan de los espacios de encuentro animados por cafés, tertulias, salones de baile, auditorios y salas de cine, territorios estetizados en donde se expande el espacio político de participación, tuvo un efecto movilizador. Aunque los fenómenos sociales presentados en estos contextos hubiesen podido

tener un control moral, asunto que los clérigos hicieron a través de los púlpitos, las estrategias para consolidar la imagen de la nación se reforzaron desde el Estado a través de la celebración cívica y el uso de la oratoria política en calles y plazas públicas. Ahora bien, esto es fragmentario, teniendo en cuenta que los escenarios de encuentro para el disfrute y el tiempo de ocio también se habían configurado como escenarios de discusión partidista. Así, la idea de nación reudentora se fractura, y sobre ella irrumpe una amplia capa de la población soñando otra nación dentro de esa idea cristiana de civilidad. Por ello, el deseo de reforma se concentrará especialmente en fortalecer la institucionalidad educativa a través de reformas y no en la renovación o revisión del proyecto pedagógico que definió los contenidos formativos desde el arte y la literatura. Es necesario tener en cuenta que en este proceso surge el espacio de la perifonía radial y la imagen fotográfica reemplaza en los periódicos la impresión del fotograbado, lo que generará nuevos índices de verificación de acontecimientos. En este mismo contexto la caricatura política tendrá un papel determinante sobre la opinión pública no alfabeta, que con pasión observa los cambios sucedidos en la administración del Estado. Con esto se presenta un acercamiento al contorno afectivo y político de la nación, que, aunque siga teniendo los caracteres modernos de una pasión cristiana, es agrietada por circunstancias sociales que serán manejadas con dificultad y límites ideológicos en los gobiernos liberales de la década de los treinta.

#### IDEA DE NACIÓN Y DISTOPÍA

Con el fin de evitar la fragmentación de los valores cristianos católicos de la población, el Estado, desde finales del siglo XIX, consideró la aceptación de extranjeros en territorio nacional como un proceso de selección. El modelo de comportamiento del colombiano no podía verse minado por ciudadanos con otras imágenes morales del mundo. Esto se ve reflejado en dos situaciones: primera, que los caracteres étnicos de la población son observados en términos de com-

portamiento ante el cumplimiento de la utopía; segunda, que, por lo tanto, para la clase política, Colombia tiene una población que debe mejorar porque el esfuerzo por disciplinarla se refleja en los contextos laborales y educativos. Asunto que determina una perspectiva interna de la población en términos de raza, que es leída con actitud moral y al extranjero inmigrante como alguien que puede colaborar con el esfuerzo de su mejoramiento, por lo tanto, la aceptación de extranjeros debe tener un plan selectivo.

La República Liberal (1930-1945) introducirá en la retórica política y en la institucionalidad educativa otras formas de observar los comportamientos y los caracteres de la población; al respecto, uno de los conceptos que mutará en esos años será el de cultura. Es así que a partir de 1934, con el ideal modernizador enarbolado por la idea de revolución que generó nuevas pasiones, Colombia dio comienzo a una importante reforma: la educativa. Desde 1880 fue la cartera de Instrucción Pública la encargada de la educación en Colombia. En junio de 1923, en el gobierno de Miguel Abadía Méndez, cambia el nombre de Ministerio de Instrucción Pública por el de Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública, entendida esta actividad como una actividad por la conservación de la asepsia moral y racial de la población; no obstante, cinco años después, siendo ministro en esta cartera José Vicente Huertas, se introduce una nueva reforma el 1 de enero de 1928 y se configura la denominación de Ministerio de Educación Nacional, que deberá enfrentar el surgimiento de nuevos caracteres sociales en el discurso pedagógico, a saber: infancia y juventud. En la reforma educativa de 1936 se pone en marcha una compleja capacidad de funciones asignadas a este ministerio: por un lado, la administración de la capacidad docente, la responsabilidad del Estado ante la formación de formadores. Este cambio se ve reflejado en la aparición de la primera Facultad de Educación en la Universidad Nacional, que comienza a limitar el espacio formativo de los docentes que estuvo a cargo de la Escuela Normal orientada por la comunidad lasallista. Por otro, se transforman por tanto los contenidos científicos del discurso pedagógico, de estudios sociales e históricos y se amplía a las mujeres el acceso a la formación de maestras para escuelas rurales. Se modifican las estructuras de diferen-

ciación entre escuelas e instituciones de educación media. Se crean las oficinas de Extensión Cultural y de Bellas Artes, en las cuales queda inscrito el servicio arqueológico nacional y la promoción de las artes. Se dimensiona de esta manera una robusta tarea y capacidad del ministerio que no conoció en décadas anteriores; esto exigió la competencia administrativa de otros intelectuales que pudiesen proyectar estrategias para ampliar la idea de nación en tres campos diferenciados: la educación, la cultura y las artes.

Se trata por lo tanto de una época de la cual sólo al final del siglo xx e inicios del XXI comienzan a hacerse esfuerzos históricos de revisión sobre la manera como giraron retórica y estéticamente política y pedagogía, toda vez que se enfrentaron, en el periodo de la República Liberal, al concepto de raza y civilización. La década de los treinta se esforzó en unificar estrategias que ya en su realización social comenzaron a ser síntomas de la fragmentación utópica de la nación y debieron enfrentar, en el concierto de las diferencias, estrategias para interpretar la emergencia de otras singularidades políticas que no se podían contener sólo en la diferencia entre población rural o campesina. Este entramado de relaciones tiene un rico campo de estudio en el que el concepto de cultura se entreteje con la estrategia política de construir el ideal de nación.

Aunque el concepto de cultura tiene en las políticas formativas de principios de siglo un origen mucho más idealista, formar el espíritu de la nación, ésta debe dar respuesta al proyecto moral que hace posible en los gobiernos conservadores el uso de los derechos y la exigencia de responsabilidades. No obstante, la ampliación de las preguntas, en la década de los treinta, a las responsabilidades individuales, la comprensión de los problemas de la infancia y la aparición de una noción formativa de la cultura a través del arte, aumentó los modos de participación que caracterizaron los espacios políticos de la década de los treinta. La idea de nación, así, se complejizó porque se volvió a narrar la nación; es decir, se reconfiguró la historia nacional para el uso escolar, sobre todo el de la escuela pública; este propósito se afina convocando nuevas estrategias de difusión como la Biblioteca Aldeana y el proyecto de alfabetización, para lo cual se convoca un selecto grupo de intelectuales. En este trayecto comienza

a darse contorno al proyecto cultural, marco en el cual posteriormente se ubicarán históricamente los movimientos nacionalistas del arte en Colombia.

Antes de hacer apología o enfatizar el valor de las reformas en la década de los treinta, e incluso tratar de prolongar el sentido que nombra los acontecimientos de la llamada República Liberal, este periodo atrae por el propósito de unificar criterios, imaginarios, memorias y tradiciones heredados del siglo XIX, bajo improntas de interés civil colectivo, que abrieron la compuerta a un conjunto de acciones, instituciones y discursos, creando y transformando la sociedad colombiana, pues estos cambios se insertaron en trabajos de artistas, textos escolares e historias locales que pretendieron darle sentido a la cotidianidad de las personas en las nuevas ciudades industriales.

## REFERENCIAS

- Annino, Antonio, “Soberanías en lucha”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación iberoamericana, siglo XIX*, México, FCE, 2003, pp. 153-184.
- Barrero, Tomás, “El liberalismo de Alfonso López Pumarejo”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 17-46.
- Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Blumenberg, Hans, *La legitimación de la Edad Moderna*, Valencia, Pre-Textos, 2008.
- Casanova, José Vicente, *Genealogías de la secularización*, Barcelona/México, Anthropos, 2012.
- Echeverría, Bolívar, *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos*, Bogotá, Desde Abajo, 2011.
- Foucault, Michel, “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, 1988, pp. 3-20.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1998.

- González Valencia, Sergio A., “Los mayordomos de fábrica y la economía de quince parroquias de la Diócesis de Antioquia, 1825-1842”, *Historia y Sociedad. Revista de la Universidad Nacional de Colombia*, núm. 16, 2009, pp. 143-164.
- Jaramillo Jiménez, Jaime Eduardo, “Escuela Normal Superior: un semillero de las ciencias humanas y sociales”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 557-604.
- Jiménez Panesso, David, “Revolución: imágenes, ideas, relatos”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 391-444.
- Koselleck, Reinhart, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012.
- Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República, 2001.
- Muñoz Rojas, Catalina y María del Carmen Suescún Pozas, “El valor del análisis cultural para la historiografía de las décadas del treinta y cuarenta en Colombia: estado del arte y nuevas direcciones”, *Revista de Estudios Sociales*, núm. 41, 2011, pp. 12-27.
- Palacios, Marco, *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Bogotá, Norma, 2002.
- Paredes Pardo, Jaime, *Alfonso López Pumarejo*, Bogotá, Bolívar, 1939.
- Sánchez Botero, Clara Helena, “Ciencia y educación superior en la República Liberal”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 519-556.
- Sierra Mejía, Rubén, “Política y cultura durante la República Liberal”, en *idem* (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 355-390.
- Silva, Renán, “Reforma cultural, iglesia católica y Estado durante la República Liberal”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 223-266.
- Silva, Renán, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2005.



Tovar González, Leonardo, “Política y derecho en las ideas filosóficas durante la República Liberal”, en Rubén Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 445-482.